DOMINGO II DURANTE EL AÑO

En este segundo domingo del tiempo Ordinario, la Iglesia nos propone un texto del Evangelio de Juan, donde Jesús comienza a formar la primera comunidad de los discípulos. Entre ellos encontramos hoy a Andrés (que antes era discípulo de Juan el Bautista) y su hermano Simón, quien después sería Pedro. Rescato de este texto algunos elementos que me parecen importantes para comprender el verdadero significado de la palabra “discípulo”. Me voy a focalizar en dos verbos que aparecen en el texto: oír y ver. Tanto el oído como la vista, son dos sentidos que nos ayudan a ver y escuchar a Jesús; para ver dónde está y para escucharlo allí donde está.

Jesús pasaba como uno de tantos por el lugar, en forma inadvertida. Si no era por el Bautista, Andrés y el otro discípulo no lo hubieran encontrado ni seguido. Es fundamental lo que hace el Bautista: indica con gestos y palabras quién es Jesús. Ninguno de nosotros puede decir que sigue a Jesús porque lo descubrió por su propia cuenta: siempre hay alguien que nos lo da a conocer. Lo que hace el Espíritu Santo es unir las partes: poner las palabras en los labios de quien anuncia la Palabra y preparar el oído de quien la escucha. Esto es muy importante, porque puede ocurrir que alguien anuncie y no haya quien reciba el anuncio. O viceversa: que alguien quiera escuchar la Palabra y no haya nadie que se la anuncie y explique. Por lo tanto el Espíritu Santo es quien hace coincidir los tiempos de quien anuncia y de quien recibe el anuncio.

El texto dice que Jesús pasaba por el lugar y dos discípulos lo siguen. ¿Por qué lo siguen si no lo conocían? Este momento es el momento de la búsqueda; de ponerse en camino sin muchas certezas, sin muchos argumentos ni proyectos. Hay en el corazón un deseo de conocer y de encontrarse con Dios. Andrés recibe la indicación del Bautista y se fía de ella: obedece, se deja conducir. Y esta es la primera característica de un discípulo: dejarse conducir.

Jesús les pregunta: “¿Qué quieren?” Y ellos le responden: “Maestro, ¿dónde vives?”. “Vengan y lo verán”, les dijo Jesús. Este es todo el diálogo. No hay ninguna palabra de gran profundidad. Sólo palabras sencillas y concretas. Jesús no da ninguna enseñanza, pero invita a hacer un camino. “Vengan y verán”. Los discípulos después de haber escuchado el anuncio del Bautista, se disponen a ver aquello que Jesús les quiere mostrar. Estos dos verbos, “vengan y verán” están en tiempos diferentes. Vengan en presente y verán en futuro. Vengan: es el inicio de la invitación, la cual implica ponerse en camino, salir del encierro de uno mismo, dejar las comodidades, empezar un cambio de vida, dejar las cadenas del pasado, perdonar las ofensas que nos dejaron heridas profundas, abrir nuevas perspectivas, encaminarse hacia algo nuevo…. Todo esto y mucho más significa este verbo “vengan”. Jesús los está invitando a ir adonde Él está. No les dice “vayan” sino “vengan”. El “vayan” vendrá después cuando empiecen a evangelizar. Pero ahora deben aprender del Maestro, deben escucharlo, deben conocerlo, deben enamorarse de su Palabra. Este “vengan” implica también poner toda la confianza en el Señor porque no sabemos lo que nos espera después de dar el paso; no sabemos si seremos fuertes, si podremos asumir el llamado que Jesús nos hace; no sabemos si seremos capaces de ser fieles al llamado. Pero nos fiamos de que, si el llamado viene de Dios, es porque algo bueno nos quiere mostrar. Por eso el segundo verbo es “verán”. Nosotros queremos ver todo el proceso desde el principio para dar pasos seguros. Pero en la vida espiritual no es así: se trata de fiarse de Dios, de dejarse conducir por Él. Entonces nos encontramos con una segunda característica del discípulo: estar disponibles para lo que el Señor pida. Por lo general caemos en un defecto muy común: querer dominar todas las situaciones; ser el dueño de todos los proyectos; analizar y sacar conclusiones de todo; solucionar todo; esperar el tiempo ideal para entregar la vida al Señor. La disponibilidad del corazón es clave para poder “ver” lo que el Señor nos quiera mostrar. Cuando nos encerramos en nuestros esquemas, cuando esperamos que las cosas sucedan como nosotros nos imaginamos, los ojos no pueden ver más allá ni los oídos pueden escuchar el mensaje del Señor.

Finalmente en el texto, Andrés busca a su hermano Pedro para contarle que había encontrado al Mesías. Andrés no sabe mucho sobre Jesús, pero tiene la certeza que es Él a quien buscaba y no puede guardarse para sí este gran hallazgo. Su alegría es que ahora comienza un nuevo camino con Jesús. Es eso lo que va a contar a su hermano. Esta sería la primera prédica de Andrés: “hemos encontrado a Cristo”. Cómo será el tono de su voz y la alegría con la cual le contó a su hermano, que provocó en Pedro el deseo de “ir y ver” a Jesús. No es la formación intelectual la que provoca en los demás el contagio de seguir a Jesús, sino la convicción con la cual se dice el mensaje. Se puede saber mucho sobre Jesús pero no provocar nada en los demás. Así podemos decir que la tercera característica del discípulo es compartir con los hermanos al Jesús que llevo dentro. Por ejemplo, un gesto de cordialidad, de fraternidad, de sencillez, de serenidad, habla del Jesús que llevamos dentro; sin palabras pero con gestos también podemos anunciar a Jesús.

Estas tres características del discípulo es el camino que hizo Andrés: dejarse conducir por el Señor, estar disponible a su llamado y compartirlo con los demás. Este proceso también se cumple hoy en nosotros cada vez que Jesús nos dice: “Ven y verás”.